

The cover art depicts a futuristic battle scene. In the foreground, a soldier in a highly detailed, dark-colored power armor suit stands prominently, holding a large, multi-barreled assault rifle. The armor has glowing blue and orange lights. In the background, other soldiers in similar armor are engaged in combat. The sky is filled with various spacecraft, including a large, dark, whale-like ship and several smaller, more agile fighters. The overall atmosphere is one of intense action and advanced technology.

ROBERT A. HEINLEIN

**STARSHIP
TROOPERS**
(TROPAS DEL ESPACIO)

La Tierra, siglo XXIII: Johnnie Rico acaba de cumplir los dieciocho, y por fin se puede alistar en el Ejército para cumplir con el servicio de dos años, tras el cuál se convertirá en un ciudadano con derecho al voto. A instancias de un amigo, Rico se alista en la infantería móvil. Tras un duro periodo de instrucción en el campamento Arthur Currie, bajo las órdenes del sargento Zim, Rico se convirtió en un soldado cualificado. Mientras tanto, una especie alienígena con aspecto de insecto gigante ataca la Tierra con una violencia inusitada, convirtiendo la ciudad de Buenos Aires en un amasijo de escombros. Es el momento de que Johnnie Rico y sus compañeros prueben su valía en un combate real... en el espacio.

Al sargento Arthur George Smith, soldado,
ciudadano, científico, y a todos los sargentos de
cualquier época que han trabajado para
convertir a chicos en hombres.

R. A. H.

Agradecimientos

La estrofa sacada de «The 'Eathen», de Rudyard Kipling, al comienzo del capítulo siete está utilizada con permiso de los herederos del señor Kipling. Las citas de la letra de la balada *Rodger Young* se han utilizado con permiso del autor, Frank Loesser.

1

¡Vamos, simios! ¿Queréis vivir para siempre?

—Sargento de sección desconocido, 1918

Siempre tiemblo de pánico antes de una bajada. Me han puesto las inyecciones, claro, y he recibido preparación hipnótica, y lo lógico es que no pueda tener miedo de verdad. El psiquiatra de la nave ha comprobado mis ondas cerebrales, me ha hecho unas preguntas estúpidas mientras estaba dormido y dice que no es miedo, que no es nada importante; que es como el temblor de un caballo de carreras esperando impaciente en el cajón de salida.

Sobre eso no podía decir nada; nunca he sido un caballo de carreras. Pero lo cierto es que me muero de miedo, siempre.

Treinta días antes del día D, después de que nos hubiéramos reunido en la sala de bajadas de la *Rodger Young*, nuestro jefe de sección nos pasó revista. No era nuestro jefe de sección habitual porque el teniente Raszak había muerto en nuestra última bajada; él era en realidad el sargento de sección, el sargento de carrera Jelal. Jelly era un turco-finlandés de Iskander, cerca de Próxima; un hombre pequeño y moreno que parecía un clérigo, pero al que había visto plantar cara a dos soldados enloquecidos que eran tan grandes que tuvo que alzarse para poder agarrar-

los, chocar sus cabezas y aplastarlas como si fueran cocos antes de apartarse mientras caían al suelo.

Fuera de servicio no estaba mal... para tratarse de un sargento. Incluso podías llamarlo «Jelly» a la cara. Los reclutas no, claro, pero sí cualquiera que al menos hubiera hecho una bajada de combate.

Pero ahora mismo estaba de servicio. Todos habíamos revisado nuestro equipo de combate (Mira, es tu propio cuello... ¿lo ves?), el sargento de sección suplente nos había pasado revista después de reunirnos y ahora Jelly estaba volviendo a hacerlo, con gesto adusto y esos ojos a los que no se les escapaba nada. Se detuvo junto al hombre que estaba enfrente de mí y pulsó el botón de su cinturón, que hizo una lectura de su condición física.

—¡Rompe fila!

—Pero sargento, no es más que un resfriado. El médico ha dicho...

Jelly lo interrumpió.

—¡Pero sargento! —dijo con brusquedad—. No es el médico el que va a hacer la bajada... y tú tampoco si tienes décimas de fiebre. ¿Crees que tengo tiempo de hablar contigo antes de una bajada? ¡Rompe fila!

Jenkins se marchó, apenado y furioso, y yo también me sentí mal. Como el teniente había muerto en la última bajada y se habían producido ascensos, yo era jefe auxiliar de pelotón, pelotón segundo, en esa bajada y ahora iba a tener un hueco en mi pelotón y ningún modo de rellenarlo. Y eso nunca es bueno; significa que un hombre puede toparse con algo peliagudo, pedir ayuda y que no haya nadie disponible para acudir.

Jelly no prohibió bajar a nadie más. Al instante se situó enfrente de nosotros, nos miró y sacudió la cabeza con tristeza.

—¡Menuda panda de simios! —gruñó—. A lo mejor, si todos estirarais la pata en esta bajada se podría volver a empezar y crear la clase de unidad que el teniente espera-

ba que fuerais. Aunque, con los reclutas que nos llegan últimamente, probablemente no sería posible. —De pronto se puso derecho y gritó—: Simios, solo quiero recordaros que, contando con las armas, los trajes blindados, la munición, los instrumentos y la instrucción, con todo ello, incluida esa forma de comer en exceso que tenéis... cada uno de vosotros le ha costado al gobierno más de medio millón. Sumadle los treinta centavos que valéis en realidad y todo ello asciende a una suma bastante considerable. —Nos miró—. Podemos prescindir de vosotros, pero no de esos uniformes que lleváis. No quiero héroes en este equipo; al teniente no le gustaría. Tenéis un trabajo que hacer, bajáis, lo hacéis, mantenéis los oídos bien abiertos a la espera de escuchar la señal de retirada y os presentáis en el punto de recuperación al instante y a paso ligero. ¿Entendido?

Volvió a mirar.

—Se supone que conocéis el plan, pero algunos no tenéis suficiente cerebro que se pueda hipnotizar, así que os haré un resumen. Bajaréis en dos filas, entre las que se calcularán intervalos de distancia de dos kilómetros. Dadme vuestra posición en cuanto toquéis suelo, dadles vuestra posición y distancia a vuestros compañeros de escuadra de ambos lados mientras os ponéis a cubierto. Ya habéis gastado diez segundos, así que destruid todo lo que tengáis a mano hasta que descendan los flanqueadores. (Estaba refiriéndose a mí; como jefe auxiliar de pelotón, yo iba a ser flanqueador izquierdo, sin nadie a mi lado. Comencé a temblar).

»Una vez que pisen suelo, ¡alineaos e igualad esos intervalos! ¡Dejad lo que estéis haciendo y hacedlo! Doce segundos. Después, avanzad a saltos, pares e impares, mientras los jefes auxiliares de pelotón llevan la cuenta y dirigen la maniobra de envolvimiento. —Me miró—. Si lo habéis hecho como es debido..., cosa que dudo..., los flancos entrarán en contacto justo cuando toque la retirada y en ese momento volveréis a casa. ¿Alguna pregunta?

No hubo ninguna; nunca la había. Siguió:

—Una cosa más; esto es solo un asalto, no es una batalla. Es una demostración de potencia de fuego y de intimidación. Nuestra misión es que el enemigo sepa que podríamos haber destruido su ciudad, pero que no lo hemos hecho, y que no están a salvo ni aunque nos contengamos de hacer un bombardeo total. No haréis prisioneros. Mataréis solo cuando no podáis evitarlo. Pero toda el área que cubramos será destruida. Gandules, no quiero veros a ninguno volver con bombas sin usar. ¿Entendido? —Miró la hora—. Los Rudos de Raszak tienen una reputación que mantener. El teniente me dijo antes de morir que os dijera que siempre os estará viendo... ¡y que espera que vuestros nombres brillen!

Jelly miró al sargento Migliaccio, jefe del primer pelotón.

—Cinco minutos para el padre —dijo. Algunos de los chicos rompieron filas y se arrodillaron delante de Migliaccio, y no necesariamente los de su credo, sino musulmanes, cristianos, gnósticos, judíos... Estaba ahí para todo el que quisiera hablar con él antes de una bajada. He oído que antes había unidades militares en las que sus capellanes no luchaban junto a los demás, pero jamás he entendido cómo podía funcionar eso. Quiero decir, ¿cómo puede un capellán bendecir algo que él mismo no está dispuesto a hacer? En cualquier caso, en la infantería móvil todo el mundo baja y todo el mundo lucha, ya sea el capellán, el cocinero o el secretario del Viejo. Una vez que nos deslizásemos por el tubo no quedaría ningún rudo a bordo, excepto Jenkins, claro, y eso no era culpa suya.

Yo no me acerqué. Siempre me daba miedo que alguien me viera temblar si lo hacía y, de todos modos, el padre podía bendecirme igual de bien desde donde estaba. Pero él sí que se acercó a mí mientras los últimos rezagados se levantaban y presionó su casco contra el mío para decirme en privado:

—Johnnie, esta es tu primera bajada como subalterno.

—Sí. —En realidad no era un subalterno, al igual que Jelly no era en realidad un oficial.

—Tan solo una cosa, Johnnie. No dejes que te maten. Sabes cuál es tu trabajo; hazlo. Simplemente hazlo. No intentes ganar una medalla.

—Ya, gracias, padre. No lo haré.

Añadió algo en voz baja en un idioma que no conozco, me dio una palmadita en el hombro y volvió corriendo con su pelotón. Jelly gritó:

—¡Aten... ción! —E inmediatamente nos pusimos en posición.

—¡Sección!

—¡Pelotón! —gritaron Migliaccio y Johnson.

—¡Por sectores, babor y estribor, preparaos para la bajada!

—¡Pelotón! ¡A vuestras cápsulas! ¡Moveos!

—¡Escuadra! —Tuve que esperar mientras las escuadras cuatro y cinco ocupaban sus cápsulas y se deslizaban por el tubo de lanzamiento antes de que mi cápsula apareciera en el puerto y pudiera subir a ella. Me pregunté si a aquellos históricos guerreros les entró el pánico cuando se subieron al caballo de Troya. ¿O eso solo me pasaba a mí? Jelly iba comprobando a cada hombre según los iban cerrando en las cápsulas y a mí me cerró él mismo. Al hacerlo, se inclinó y me dijo:

—No hagas tonterías, Johnnie. Esto es simplemente como una maniobra.

La cubierta se cerró y me quedé solo.

—¡Como una maniobra, dice! —Comencé a temblar descontroladamente.

Después, por mis auriculares, escuché a Jelly decir desde el tubo central:

—¡Puente! ¡Rudos de Raszak... listos para la bajada!

—¡Diecisiete segundos, teniente! —oí responder a la capitana de la nave con su alegre contralto y me molestó que

hubiera llamado «teniente» a Jelly. Nuestro teniente estaba muerto y tal vez Jelly se quedaría con su cargo..., pero aún éramos los «Rudos de Raszak».

Ella añadió:

—¡Buena suerte, chicos!

—Gracias, capitana.

—¡Preparaos! Cinco segundos.

Estaba atado por todas partes, abdomen, frente, piernas... Pero temblé más que nunca.

Es mejor una vez te han lanzado. Hasta ese momento, estás ahí sentado en una absoluta oscuridad, vendado como una momia para evitar salir despedido con la aceleración, sin poder apenas respirar y sabiendo que aunque pudieras abrir tu casco, cosa que no puedes, en la cápsula solo habría nitrógeno; y teniendo en cuenta, además, que la cápsula está rodeada por el tubo de lanzamiento y que si disparan a la nave antes de que te lancen, no tienes nada que hacer, morirás ahí mismo, incapaz de moverte, indefenso. Es esa interminable espera en la oscuridad lo que me hace temblar, pensar que han podido olvidarse de ti; que es posible que la nave haya perdido su casco y permanezca en órbita, muerta, por lo que pronto tú también perderás la vida, incapaz de moverte, asfixiándote. O considerar la posibilidad de que se haya producido una colisión estando en órbita y que mueras así, si no llegas a abrasarte durante la bajada.

Pero entonces el programa de frenos de la nave se puso en funcionamiento y dejé de temblar. Ocho g, diría, o tal vez diez. Que una mujer pilote una nave no es muy agradable porque tendrás magulladuras allá donde hayas estado atado. Sí, sí, ya sé que pilotando son mejores que los hombres, que reaccionan más deprisa y pueden soportar más g. Son capaces de entrar más rápidamente, son más veloces saliendo y, por lo tanto, aumentan las oportunidades de to-

dos, tanto las tuyas como las suyas. Pero aun así, no es divertido golpear la espalda con una fuerza diez veces mayor que la de tu peso.

Sin embargo, he de admitir que la capitana Deladrier sabe hacer su trabajo. No perdió el tiempo una vez que la *Rodger Young* dejó de frenar y al instante la oí decir:

—Tubo central... ¡lanzamiento! —Se produjeron dos sacudidas hacia atrás cuando Jelly y su sargento de sección suplente salieron despedidos e inmediatamente añadió—: Tubos de babor y estribor... ¡lanzamiento automático! —Y comenzaron a lanzarnos a los restantes.

¡Pum!, y tu cápsula avanza una posición con una sacudida. ¡Pum!, y avanza otra vez, exactamente como cartuchos entrando en la cámara de una anticuada arma automática. Eso era exactamente lo que éramos... excepto que los cañones de la pistola eran unos tubos lanzadores dobles incorporados a una nave transportadora de tropas y cada cartucho era una cápsula lo suficientemente grande (lo justo) como para contener a un soldado de infantería con todo su equipo de campo.

¡Pum! Estaba acostumbrado al puesto número tres, en el que enseguida estás fuera. Pero ahora ocupaba un puesto en la retaguardia, el último en salir después de tres escuadras. La espera resulta tediosa, incluso aunque cada segundo se lance una cápsula. Intenté contar las sacudidas, ¡pum! (doce), ¡pum! (trece), ¡pum! (catorce; esta, con un extraño sonido, era la cápsula vacía en la que debería haber estado Jenkins), ¡pum!...

Y, ¡cling!, es mi turno y mi cápsula entra de golpe en la cámara de lanzamiento; después, ¡pumba!, la explosión golpea con una fuerza que hace que la maniobra de freno de la capitana parezca un suave golpecito.

Al instante, nada.

Nada en absoluto. Ni sonido, ni presión, ni peso. Flotas en la oscuridad, caída libre tal vez a unos cincuenta kilómetros sobre la atmósfera efectiva; descienes sin peso hacia

la superficie de un planeta que no has visto nunca. Pero ahora no estoy temblando; es la espera de antes lo que se hace eterno. Una vez que te lanzan, no puedes sentir dolor porque si algo va mal, sucederá tan deprisa que morirás sin notar que estás muerto... o casi.

Casi de inmediato sentí la cápsula girar y balancearse, después se estabilizó y mi peso recayó sobre mi espalda... una presión que fue aumentando rápidamente hasta que, cuando la cápsula alcanzó velocidad terminal en dirección a la delgada atmósfera superior, me quedé en mi peso total para ese planeta (0,87 g, nos habían dicho). Un piloto que sea un verdadero artista (y la capitana lo era) se acercará y frenará para que tu velocidad de lanzamiento cuando sales del tubo te sitúe en el espacio en relación con la velocidad rotacional del planeta en esa latitud. Las cápsulas cargadas pesan mucho; atraviesan los vientos altos y ligeros de la atmósfera superior sin alejarse demasiado de su posición, pero igual que una sección se dispersa durante la bajada, pierden parte de esa formación perfecta en la que son lanzadas. Un piloto descuidado podría hacerlo todavía peor, esparciendo un grupo de ataque sobre tanto terreno que no sea posible fijar un punto de encuentro para la recuperación de tropas, y mucho menos llevar a cabo la misión. Un soldado de infantería solo puede luchar si alguien lo coloca en esa zona; supongo que, de esta manera, los pilotos son tan importantes como nosotros.

A juzgar por la suavidad con que mi cápsula entró en la atmósfera, supe que la capitana nos había dejado allí, lo más cerca a un vector lateral cero que se podía pedir. Me alegré; además de lograr que mantuviéramos una buena formación al tocar suelo y haber evitado la pérdida de tiempo, un piloto que te baja de una manera tan precisa es un piloto inteligente y riguroso a la hora de la recuperación de las tropas.

El almacén externo ardió y se desprendió irregularmente, por lo que me tambaleé. Después el resto se soltó y me

enderecé. Los frenos de turbulencia del segundo armazón se accionaron y la marcha se hizo cada vez más brusca a medida que iban quemándose uno a uno y la estructura interna comenzó a hacerse pedazos. Una de las cosas que ayuda a un soldado de cápsula a vivir lo suficiente como para reclamar una pensión es que el desprendimiento de las capas de la cápsula no solo lo ralentiza, sino que estas llenan el cielo de tanta porquería que, por cada hombre que está bajando, el radar capta reflejos de docenas de objetivos, que pueden ser un hombre, una bomba o cualquier cosa. Es suficiente para que a un ordenador balístico le dé un ataque de nervios... y eso es lo que ocurre.

Por si eso fuera poca diversión, durante los segundos inmediatamente posteriores a la bajada, la nave pone una serie de huevos de fogueo que caerán más deprisa que tú porque no van perdiendo capas. Se colocan debajo de ti, explotan, e incluso actúan como transpondedores y cohetes; además, provocan más confusión todavía al comité de bienvenida que te espera en el suelo.

Mientras, tu nave está constantemente conectada a la baliza direccional de tu jefe de sección, ignorando el «ruido» de radar que ha generado y siguiéndote, monitorizando tu impacto para un uso futuro.

Cuando el segundo armazón se desprendió, el tercero abrió automáticamente mi primer paracaídas. No aguantó mucho, pero tampoco tenía que hacerlo; un buen tirón a varias g, y él siguió su camino y yo el mío. El segundo paracaídas duró un poco más y el tercero, bastante. Dentro de la cápsula comenzó a hacer mucho calor y empecé a pensar en aterrizar.

El tercer armazón se desprendió cuando su último paracaídas se había soltado y ahora no tenía nada a mi alrededor más que mi traje blindado y un huevo de plástico. Seguía atado dentro de él, incapaz de moverme; había llegado el momento de decidir cómo y dónde iba a aterrizar. Sin mover los brazos (no podía), pulsé un interruptor con el pul-

gar para hacer una lectura de proximidad y la leí cuando se iluminó y apareció en el instrumento reflector que llevaba dentro del casco delante de la frente.

Unos dos kilómetros; un poco más cerca de lo que me habría gustado, sobre todo yendo sin compañía. El huevo interno había alcanzado una velocidad estable, de nada serviría seguir dentro, y la temperatura de su revestimiento indicaba que aún tardaría en abrirse automáticamente, así que pulsé un interruptor con el otro pulgar y me deshice de él.

La primera carga cortó todas las ataduras, la segunda hizo que el huevo de plástico explotara en ocho piezas y así me quedé fuera y sentado en el aire ¡y podía ver! Por si eso fuera poco, las ocho piezas que se habían desprendido estaban cubiertas de metal (a excepción de la pequeña zona por donde había hecho la lectura de proximidad) y darían el mismo reflejo que un hombre con traje blindado. Ahora a cualquier visor de radar, ya estuviera vivo o fuera cibernético, le costaría mucho distinguirme entre la chatarra que tenía cerca, eso sin mencionar las miles de piezas que se extendían kilómetros a cada lado, por encima y por debajo de mí. Una parte del entrenamiento de un soldado de infantería móvil consiste en que sepa ver, desde el suelo y tanto a ojo como con el radar, lo confusa que resulta una bajada para las fuerzas situadas sobre el terreno, porque ahí arriba te sientes completamente desnudo. Es fácil que te entre el pánico y que, o abras un paracaídas demasiado pronto y acabes como un pato sentado (¿los patos se sientan? Y si es así... ¿para qué?), o que no logres abrirlo y te partas los tobillos, la columna y la cabeza.

Así que me estiré para desentumecerme y miré a mi alrededor... después volví a encogerme y me estiré boca abajo, como un ave planeando, para echar una buena ojeada. Tal y como se había previsto, ahí abajo era de noche, pero los anteojos infrarrojos permiten evaluar el terreno bastante bien una vez te acostumbras a ellos. El río que

atravesaba la ciudad en diagonal estaba casi debajo de mí y se acercaba con rapidez, brillando y con una temperatura más alta que la de la tierra. No me importaba en qué orilla fuera a aterrizar, pero lo que no quería era acabar en el agua; eso me haría ir más despacio.

Noté un destello a la derecha, aproximadamente en mi altitud. Algún nativo hostil había incendiado lo que probablemente era una pieza de mi huevo, así que lancé mi primer paracaídas de inmediato con la intención de apartarme de su alcance mientras él seguía los objetivos que iban descendiendo. Me preparé para el impacto, lo superé, y después caí flotando durante unos veinte segundos antes de soltar el paracaídas ya que no quería llamar la atención cayendo a una velocidad distinta de la de todo lo que me rodeaba.

Debió de funcionar porque no me dispararon.

A unos ciento ochenta metros lancé el segundo paracaídas... y enseguida vi que estaba siendo arrastrado hacia el río y que iba a pasar a unos treinta metros sobre un almacén con el tejado plano, o algo parecido, que había junto al río. Solté el paracaídas e hice un buen aterrizaje, aunque algo aparatoso, sobre el tejado gracias a los propulsores de salto del traje. Mientras descendía, buscaba la señal luminosa del sargento Jelal.

Y entonces vi que estaba en la otra orilla del río; en la brújula incorporada dentro de mi casco, la estrella que representaba a Jelly aparecía bastante más al sur de donde debería haber estado: yo me encontraba demasiado al norte. Corrí hacia el lado del tejado que daba al río mientras calculaba la posición y coordenadas del jefe de escuadra que tenía a mi lado y vi que se encontraba un kilómetro y medio alejado de su puesto. Grité:

—¡Ace! ¡Alinéate!

Arrojé una bomba detrás de mí y salté del edificio hacia el otro lado del río. Ace respondió como me había esperado; debió de verme, pero no quería dejar su escuadra. De